

## **CRONICA DE UN DESASTRE ANUNCIADO (Un relato de educación-ficción)**

Rosa María Torres  
[www.fronesis.org](http://www.fronesis.org)

*Este artículo fue escrito y publicado en Quito, en agosto de 1991, cuando el año 2010 parecía muy lejano. Hoy estamos a las puertas del 2010 y las metas para la educación no sólo se han achicado e incumplido sucesivamente, sino que se han aplazado ya para el año 2015. El desastre convive con nosotros y, lo que es peor, nos estamos acostumbrando a él.*

**Año 2010.** El sistema educativo ha entrado en definitiva descomposición. La universidad tocó fondo hace rato, como el país mismo. La infraestructura y la obsoleta tecnología escolares se derrumban en pedazos. Los maestros son ya un gremio en vías de extinción. La mayoría de los trastornos juveniles que venimos observando crecer en los últimos años -delincuencia, suicidio, bandas escolares, la aparición del grupo "Anti-escuela", etc.- son consecuencia directa del drama educacional.

Niños, jóvenes, profesionales, se olvidaron de leer. Las bibliotecas, llenas de libros pero vacías de gente, han quedado virtualmente de museos, para recordarnos que algún día también en este país se leyó. Estudios recientes nos revelan que son alarmantes los índices de analfabetismo funcional que han llegado a copar todos los niveles del sistema educativo y de la sociedad.

Empieza a volverse notorio el desmembramiento y hasta el éxodo de familias enteras, adineradas o no, que buscan en el extranjero la salvación de sus hijos, la esperanza de una educación mejor. Sólo una élite privilegiada puede acceder a los pocos planteles educativos que han logrado mantener ciertos estándares de calidad y de sintonía con los tiempos: solo en estos planteles, en efecto, se han incorporando circuitos de video y paquetes didácticos actualizados, de esos que hoy se consiguen fácilmente en cualquier supermercado de país desarrollado. La mayoría de la población, condenada al atraso y al subdesarrollo crónicos, sigue aprendiendo con contenidos, métodos y técnicas que corresponden a otra etapa de la humanidad, a otro siglo.

Henos pues aquí, hundidos en este camino sin retorno, del cual nos tomará generaciones completas recuperarnos. ¿Cómo llegamos a esto?.

Falta de voluntad política para resolver el problema educativo, en medio de la fragilidad y pérdida de legitimidad de las clases dirigentes, de la apatía y el escepticismo de la sociedad. Miopía e inmediatez donde se requerían visio-

nes estratégicas y de largo plazo. Prioridades políticas y cálculos politiqueros impuestos por sobre toda racionalidad técnica. Maquillajes, donde se necesitaban cambios radicales. Parches, en lugar de soluciones integrales. Inconsciencia y negligencia, en fin, frente a la gravedad, profundidad y urgencia de la situación, frente a nuestro destino como país y como pueblo.

La "crisis de la educación" pasó pronto a incorporarse a la vida nacional como un problema más -entre tantos- a ser asimilado a la cultura, a la retórica, a la cotidianeidad. Ante el llamado de la crisis, se siguió hurgando en los problemas y en los diagnósticos, postergándose los plazos de la acción, llegándose a confundir discurso con práctica, proyectos con programas, documentos con realizaciones. Proliferaron las conferencias nacionales e internacionales sobre educación, las declaraciones conjuntas, los acuerdos. Toda una burocracia nacional e internacional empezó a vivir de la "crisis de la educación", incluyendo en primer lugar a los bancos extranjeros, expeditos en concedernos préstamos millonarios para la enfermedad y luego para el calmante.

Se siguió viendo la educación como un mundo cerrado y autosuficiente, monopolio de educadores, pedagogos, profesores, negándose la multidisciplinariedad y la intersectorialidad de la problemática educativa, imposible de entender y mucho menos resolver al margen de lo económico, lo social, lo político, lo cultural, al margen de profundos cambios en todas las esferas.

Se siguió viendo la educación como un asunto del Estado, del gobierno y de un Ministerio particular, no como un problema y una solución de todos. Junto a una mayoría inconsciente y conformista, los conscientes se limitaron a quejarse puertas adentro, a criticar sin propuesta, a exigir sin arrimar el hombro. El nuevo gobierno echó la culpa al anterior, los de abajo a los de arriba, los prácticos a los teóricos, los planificadores a los ejecutores, los administradores a los docentes, los maestros a los estudiantes, los padres de familia a los maestros. Nadie quiso asumir su cuota de responsabilidad, su compromiso de aporte.

Se siguió privilegiando la cantidad sobre la calidad, así como la inversión en las cosas antes que en las personas. Y es que mejorar las condiciones de vida, de enseñanza o de aprendizaje de las personas, invertir en su desarrollo y en su formación, no tiene resultados inmediatos, transparentes, fácilmente perceptibles. Las cosas, en cambio, son tangibles, concretas, contables, fotografiables para la prensa, rotulables para la historia. A las personas no se les puede colocar en la frente placas ni nombres propios ni banderas ni logotipos.

Se siguió creyendo que la formación y la capacitación son lujos postergables, asunto de otros, requerimiento de los de abajo. No se quiso entender el

círculo vicioso que se reproduce entre la mala calidad del alumno y la mala calidad del docente, entre la mala calidad del sistema educativo y la mala calidad de los profesionales, los políticos, los dirigentes, los líderes. No se quiso ver que el problema educativo afecta tanto a las bases como a las cúpulas, a los analfabetos y a los doctores, todos necesitados de formación continua, de perfeccionamiento y especialización. Y es así como fue institucionalizándose la mediocridad y desvalorizándose la calidad técnica y la excelencia académica, así como siguieron desaprovechándose becas y cursos en el extranjero, así como siguieron llenándose los altos cargos técnicos con amiguismos, compadrazgos y favores políticos.

No se tomó en serio la crítica situación del magisterio y la urgencia de respuestas radicales e integrales para elevar tanto su nivel de vida como su nivel docente. La formación docente se volvió cada vez más obsoleta y rígida. Demasiado tarde se pusieron en marcha las medidas y estímulos previstos para reclutar a los mejores jóvenes, a los mejores alumnos, para la carrera docente, cuando ya el deterioro de la profesión había llegado a límites irremontables. Hoy, es una generación de viejos la que puebla nuestras escuelas y colegios; los jóvenes, los buenos estudiantes, ya no tienen interés en volverse maestros. Y bien puede uno comprender por qué...

Se creyó que la reforma educativa era un documento, una tarea de cúpulas y de escritorio, un rompecabezas que podía ir armándose por piezas y en cualquier orden, dejándose para el final, para algún día, la pieza clave y más compleja: la reforma curricular, la revisión de los planes de estudio, de los textos, de los métodos. Y es así como, sin debate público, sin participación social, sin una estrategia nacional de información y comunicación, sin que nadie supiera finalmente que se estaba haciendo una reforma, la "reforma" se fue quedando en letra muerta, en proyectos-piloto eternamente pilotos, en pequeños retoques como sustituto a la auténtica y profunda reforma curricular que se requería. Hoy, la brecha es ya insalvable: nuestros alumnos siguen aprendiendo a hacer fuego rozando dos palitos, mientras en el mundo real el conocimiento, la ciencia y la tecnología han llegado a niveles insospechados de sofisticación y avance.

Cada nuevo gobierno denunció que lo hecho por el anterior estaba mal, y decidió empezar todo de nuevo: nuevas caras, nuevos colaboradores, nuevos diagnósticos, nuevos proyectos, nuevos préstamos, nuevas prioridades. Y así fuimos pasando de la prioridad sobre la educación básica, al énfasis sobre la media, la inicial, la pre-escolar, la técnica, la superior. Y así fuimos pasando de manos, de proyectos, de personajes, sin concluir nada, sin consolidar nada, sin profundizar nada, excepto nuestra brecha tecnológica, nuestra dependencia y nuestro endeudamiento externo.

El 2000 apareció de pronto como un número mágico para apuntar la mira, creyéndolo lejano, estratégico, decisorio. Pero el año 2000 nos encontró sin las metas anunciadas cumplidas, sin nuevas metas, sin nuevos números mágicos. Desde este 2010 puede advertirse el cortoplacismo con el que se planificó y actuó, pisándose los talones con la coyuntura, blandiendo la manguera del bombero que apaga fuegos por doquier sin percatarse del incendio que va dejando detrás. ¿Política educativa?. ¿Planificación estratégica?. ¿Grandes consensos nacionales?. Todos hablaron de ello.

Y así llegamos a este año 2010 en que muchos entonces padres ahora somos abuelos, abuelos y abuelas perplejos e impotentes viendo a nuestros nietos crecer en medio del oscurantismo educativo más tenebroso que imaginarse pueda. Quisimos salvar a nuestros hijos, y ni siquiera hemos podido salvar a nuestros nietos. ¿Quiénes son los responsables de este desastre largamente anunciado?. ¿Quiénes, en esta fatídica cadena de gobiernos y gobernantes, políticos y ministros, educadores, periodistas, maestros, padres de familia, alumnos, que no fuimos capaces de advertir la magnitud del desastre y hacer algo a tiempo para evitarlo?.

Que nuestros nietos, las nuevas generaciones de niños y jóvenes que estrenan este nuevo milenio, nos perdonen por la miopía, la irresponsabilidad y la negligencia.